España país tradicional de inmigración. Los auverneses de Castilla y sus fuentes

Rose Duroux

RESUMEN:

España país tradicional de inmigración. Los auverneses de Castilla y sus fuentes.

España no ha dejado de ser un país de inmigración. Prueba de ello: la España de los Austrias tenía sus hospitales de alemanes, italianos, holandeses, portugueses. Pero los más numerosos eran los franceses y entre ellos los habitantes de Auvernia. Los auverneses constituían, aún en el siglo XIX, una verdadera colonia compuesta de sociedades comerciales de tahoneros en Madrid y de tenderos en los pueblos. Aquella inmigración ha dejado rastro en la literatura, la prensa y en cantidad de centros de documentación, franceses y españoles: nacionales, prefectorales, consulares, municipales, parroquiales, notariales, hospitalarios, pero también en archivos familiares. Todavía al estallar la Primera Guerra Mundial estos establecimientos auverneses pasaban de los cien. Al extinguirse sólo en entreguerras dicha migración, aún se consiguen hoy testimonios orales y fotografías. Son todas estas fuentes las que se examinan y combinan en este artículo.

ABSTRACT:

Spain as an Immigration Country: Sources for the Study of Immigrants from Auvergne in Castile.

Spain has always been a land of immigration. As a proof we might recall Habsburg Spain's different hospitals for Germans, Italians, Dutch, or Portuguese. However, the largest number of foreign immigrants came from France, especially from Auvergne. Up to the 19th century immigrants from Auvergne formed ample colonies of bakers in Madrid and of shopkeepers in the villages surrounding the capital. Their traces can be found in literature, the press and numerous archival collections both in France and Spain: apart from national, regional, consular and municipal archives, these collections include parish, hospital and notarial records, as well as family ones. At the outbreak of the First World War there still existed in Spain around one hundred businesses belonging to immigrants from Auvergne. Since this immigration flow only stopped in the period between the two world wars, it is still possible to find oral testimonies and photographs. The objective of this article is to introduce and combine all these sources.

Una inmigración francesa

La historia de la humanidad está hecha de desplazamientos de poblaciones en busca de mejores condiciones de existencia y la inserción de los inmigrados siempre ha constituido «un problema de actualidad». Durante el periodo 1815-1914, más de treinta y cinco millones de europeos se marchan para abastecer de brazos la economía americana. Al lado de estos trasvases masivos, unas corrientes más reducidas desempeñan el papel de válvulas de seguridad. Pensamos en las corrientes transpirenaicas: hoy día quien dice migración ve sobre todo la corriente ibérica hacia Francia sin tener en cuenta que, durante las épocas moderna y contemporánea, los franceses no vacilaron en cruzar los Pirineos. El caso de los «auverneses»[1] de Castilla permite desmentir una afirmación demasiado corriente según la cual España no ha sido hasta hoy un país de inmigración.

La emigración hacia España de estos campesinos del departamento del *Cantal* [2] es una modalidad de las tradicionales migraciones montañesas pendulares. A estos hombres —pues sólo se trata de hombres— los llamaremos a partir de ahora, indiferentemente, «cantaleses» o «auverneses» por vivir en Auvernia (Macizo Central) y más precisamente en el departamento del Cantal (llamado Alta Auvernia antes de la Revolución francesa). Dicho con pocas palabras: esta emigración nace en la Edad Media a raíz de vínculos feudales y religiosos; se convierte en un fenómeno de masa, en el siglo XV, por la disparidad de las presiones demográficas entre los dos países; y termina respondiendo a meros motivos económicos (cfr. *gradient* salarial). El flujo auvernés se propaga por toda España (excepto en la franja atlántica de Santander a Galicia) privilegiando el contorno mediterráneo, los puertos y el área madrileña. Luego conoce una decantación numérica y socioprofesional: el número de inmigrantes, evaluado en 25.000 en el siglo XVII desciende a 3.000 en el momento de las guerras napoleónicas. Progresivamente, los *Espagnols*, como se apoda a estos hombres en Francia, pasan de ser «buscavidas» a «emigrantes acomodados». Su fuerza es haber logrado organizar un sistema de compañías comerciales familiares cuyas lon-

---

[1] El *auvernés* es el habitante de *Auvergne* —Auvernia—, zona montañosa del norte del Macizo Central. Auvernia se divide hoy en cuatro departamentos: Allier, Cantal, Haute-Loire, Puy-de-Dôme.

[2] El departamento del *Cantal* corresponde, aproximadamente, a la división territorial que llevaba el nombre de *Haute Auvergne* -Alta Auvernia- antes de la Revolución francesa. De ahí que, a su habitante, se le llame *Cantalien* o *Auvergnat* (cantalés o auvernés).

jas sirven de centro de abastecimiento para la venta ambulante en un perímetro determinado. Su vaivén transpirenaico está bien aceptado por la administración francesa pues una parte de las ganancias va a parar a las arcas del Estado[3].

Curiosamente, la última fase del tradicional «viaje a España» de los auverneses —que se extiende sobre un siglo XIX largo— es la menos conocida, aunque ofrezca gran cantidad de indicios visibles y de fuentes al alcance. Hasta hace unos años, ninguna investigación se había centrado en las relaciones entre Auvernia y Castilla. Amplias zonas quedaban en sombra, sobre todo porque, como dice Jean-Pierre Poussou, «hasta ahora los documentos auverneses [habían] sido la fuente principal de los estudios». En efecto, los archivos castellanos son los que, al entrelazarse con los documentos franceses, desvelan y puntualizan los lugares de inmigración, las actividades, los métodos profesionales, los comportamientos y la inserción —o no inserción— en el entorno español y autorizan una auténtica visión de conjunto[4].

Lo que aquí va a retener nuestra atención no es la inmigración de los *auverneses* propiamente dicha sino las fuentes de documentación que permiten escrutarla. Lo que sostiene este intento historiográfico es la voluntad de presentar el entroncamiento de hechos, de hipótesis, de fuentes. Así la red documental irá revelando la red migratoria, superponiéndose los caminos del investigador y del inmigrante.

Las fuentes para el estudio

Para acceder a un panorama exhaustivo habría que sumirse en los registros parroquiales, pero es un trabajo de larga duración y gran desgaste de fuerzas cuando se trata de estudiar una migración, ya que supone un desglose en los lugares de salida y de acogida, que son muchos... El método más alentador consiste en practicar sondeos en archivos más puntuales, o más laterales, o más específicos, como pueden serlo —valgan dos ejemplos— los registros de un hospital o los catálogos de los procesos de la Inquisición.

---

[3] Vid., entre otros, los trabajos de Jordi Nadal, Emili Giralt, J. A. Salas Ausens, Abel Poitrineau, Abel Châtelain, etc., y los de Poussou, J. P.: "L'émigration auvergnate à Bordeaux et par Bordeaux dans la deuxième moitié du XVIIIe siècle". *Cahiers d'histoire*, t. XIX, n°4, 1974.

[4] Duroux, R.: *Les Auvergnats de Castille. Renaissance et mort d'une migration au XIXe siècle*. Clermont Ferrand, Association des Publications de la Faculté des Lettres, 1992; id.: "Le Voyageur et l'Hôpital". *Annales de démographie historique*, 1994: 261-276.

1. Los archivos de los tribunales de la Inquisición permiten evidenciar la práctica, por los inmigrantes franceses, de ciertos oficios emblemáticos del grupo. Resumiendo: los panaderos del Macizo central que figuran entre los procesados son los antepasados directos de los tahoneros de siglo XIX[5]; los caldereros, merceros o vendedores de aceite anuncian los tenderos de pueblo cuya lonja igual despacha telas que ferretería, mercería que ultramarinos. El interés insoslayable de los procesos es que permite al historiador observar al inmigrante en su entorno global. Como botón de muestra: dos «merceros» de Ally[6], coacusados en Cuenca, en 1553, tienen una tienda, saben leer, se abastecen en Zaragoza en donde se juntan con compatriotas, viajan con otros franceses, trabajan entre «paisanos»; todas estas acciones y microconexiones se vuelven en contra de los dos galos, a la hora de la sentencia, ya que el tribunal ve una conspiración luterana (¡de «gascones»!) en lo que sólo es una clásica red migratoria. Estos individuos forman, con tal calderero de Dos Barrios, «convencido de luteranismo» —con razón o sin ella—, los jalones de una migración que, increíblemente, se mantendrá hasta la guerra de 1936, en los mismos lugares[7].

2. Los documentos del archivo del Hospital San Luis de los Franceses, sito en Madrid, son de naturaleza diferente. Aunque la mayoría de los inmigrantes suelen acabar en el Hospital General, el Hospital San Luis, a pesar de su exigüidad, rastrea una parte de los enfermos franceses de Castilla: su archivo ofrece, a partir de 1617, unos segmentos significativos de los que se pueden sacar algunas directrices de la inmigración francesa de Castilla. Los auverneses, con más de tres mil ingresos en el siglo XVII, constituyen la mitad de las entradas; el elenco profesional cubre unos cincuenta pequeños oficios de artesanía y de venta ambulante[8]. De los 507 auverneses que, según estimaciones propias, ingresaron en el hospital de 1690 a 1709, se cuentan 215 tahoneros, 71 zapateros de viejo, luego vienen los pasteleros, aguadores, caldereros, sastres, vendedores de sillas, etc. Evidentemente, los panaderos constituyen,

---

[5] La «tahona» (del árabe *tahuna*, piedra de molino) incluía molienda y panificación; en otros países, estas dos operaciones estaban separadas; la tahona desapareció a fines del siglo XIX con la electrificación y la aparición de las fábricas de harina; la «panadería» era el simple despacho de pan.

[6] Entonces Ally era una parroquia de la Alta Auvernia, hoy es un municipio del Cantal.

[7] FLECNIAKOSKA, J.L.: "La propagation des idées protestantes par les Français en Espagne et l'inquisition de Cuenca (1554-1578)". *Bulletin de la Société du protestantisme français*, oct.-déc. 1974. La hispanista Hélène Lalaurie, miembro científico de la Casa de Velázquez en 1949-1950, nacida en Madrid en 1915, era hija de comerciantes cantaleses de Dos Barrios precisamente.

[8] Archivo de la Parroquia de "Saint-Louis-des-Français", Madrid, Registros F1-4, 1Q1-3Q1 (1617-1935).

ya a principios del siglo XVIII, la mayor parte de la inmigración en Madrid. La indicación de las parroquias de donde proceden los enfermos permite elaborar representaciones cartográficas en las que el noroeste del departamento del Cantal aparece como el vivero de los *Espagnols*. Pero esta fuente hospitalicia tiene sus límites; se sabe que entre aquellos vendedores ambulantes que recorrían las provincias de Toledo, Cuenca, Ciudad Real, Guadalajara —los caldereros en particular—, pocos tenían la oportunidad de acudir al Hospital de los Franceses. A pesar de esta objeción, el botón de muestra confirma que la panadería es una opción, no sólo antigua sino vivaz[9].

La voluntad de captar más concretamente la relación «individuo-grupo» en Castilla lleva al investigador a adentrarse en los protocolos notariales de Madrid en busca de actas y actos esclarecedores. Los testamentos son muy elocuentes. El de Jacques Sauret, con fecha de 1664, es de los más reveladores: este cantalés oriundo de Moussages vende mercería y telas por las calles de Madrid, comprando y vendiendo fiado en muchas ocasiones. El balance de todas las sumas que él mismo debe —a franceses exclusivamente—, mayoristas o vendedores al por menor como él, revela la existencia de una red comercial densa de extranjeros que se sostienen o se explotan mutuamente. Jacques Sauret, perfectamente integrado en Madrid, no es un pobre infeliz desarraigado: tiene tierras en el lugar de Moussages, y como buen cristiano no quiere, llegada la última hora, olvidarse de ninguna deuda («el dinero de la conciencia»)[10]. ¿Se perpetuará en Madrid su estilo comercial? ¿Será el embrión de las compañías comerciales francesas de los siglos siguientes?

De hecho, una mutación comercial se opera en la segunda mitad del siglo XVIII. Por eso, al estallar la Revolución francesa, ya no aparecen en las fuentes zapateros de viejo, ni amoladores, ni aguadores; la escala de los oficios se reduce prácticamente a dos: la tahona y la tienda de telas, dos oficios más controlables que los oficios callejeros y que, por consiguiente, dejan más huellas en los archivos. El Ayuntamiento y la Biblioteca Municipal de Madrid conservan una importante documentación sobre la organización gremial e industrial. Basta pues con examinar las series del gremio de los panaderos y de los tenderos para tomar el pulso de la colonia francesa. A través

---

[9] Recluta sus adeptos más antiguos en torno a Trizac, foco-faro de emigración, un pueblo en el que sólo quedaban 657 habitantes en 1999 (en 1826 eran 1653, Fonds Pierre Estienne, Dpto de Geografía, Universidad de Clermont-Ferrand) ¿Por qué ese pueblo precisamente? ¿Revelarán un día los archivos de aquella pequeña parroquia cuál fue el incentivo inicial?

[10] Archivo Histórico de Protocolos, Madrid, 1664, 8371 (*Anexo 2*). DUROUX, R.: "Les adieux du colporteur". En MONTANDON, Ch. y A. dirs: *Savoir mourir*. L'Harmattan, París; 1993: 87-104.

de las listas de tahoneros de 1766[11] (año conflictivo del «motín de Esquilache» que dio lugar a todo tipo de encuestas y expedientes), el investigador halla a auverneses bien situados en la «Hermandad» de tahoneros. En dicha fecha, en cambio, los vendedores franceses de telas y de mercería han desaparecido por completo de las calles de Madrid, pues los «Cinco Gremios Mayores» defienden eficazmente el territorio urbano, rechazando a los comerciantes forasteros y extranjeros más allá de cinco leguas de la capital primero, y de ocho leguas más tarde[12].

Las quejas de los negociantes franceses perjudicados se hallan en la documentación del antiguo ministerio francés de la Marina y del Comercio conservada en el ministerio de Asuntos Exteriores (Quai d'Orsay). Estas recopilaciones reflejan sobre todo el clima en que se desenvuelven los extranjeros en periodo de crisis, y plasman las recriminaciones de los más influyentes, pero el investigador no puede entresacar de ellas, o raramente, elementos para el análisis de la organización de los auverneses, más modestos, eclipsados por negociantes franceses de mayor importancia[13]. La exclusión de Madrid de los pequeños *caxeros* seculares como Jacques Sauret era irremediable: se acantonaron en los lugares castellanos carentes de comercio que conocían desde siempre. Ahí, crearon libremente compañías comerciales; las más activas alcanzaron varias decenas de asociados (unos sesenta para la compañía de Navalcarnero, un centenar para la de Chinchón).

En el umbral del siglo XIX, la prosperidad de los inmigrantes oriundos del departamento del Cantal viene confirmada por una conjunción de archivos administrativos franceses. Da buen ejemplo de ello la retrospectiva sobre la emigración redactada por el prefecto del Cantal Lachadenède, en 1812, y las demandas de indemnización expedidas por los comerciantes franceses, víctimas de la guerra de Independencia, ya que los secuestros y saqueos aniquilaron establecimientos muy prósperos[14].

No obstante, firmada la paz, la «colonia» vuelve a brotar sobre cenizas, si bien reducida numérica y económicamente. Fuentes múltiples, españolas y francesas, confirman esta regeneración:

---

[11] Archivo de Villa, Sección "Secretaría", 2-121-12, 2-122-2, 2-122-3, 2-133-17.

[12] B.M., Madrid, M 1338-1345-1346. CAPELLÁ MARTÍNEZ, M. y MATILLA TASCÓN A.: *Los cinco gremios mayores de Madrid.* Imp. Saez, Madrid, 1957.

[13] Archives du Ministère des Affaires étrangères, Paris, MD 132, 1/1766, fol. 6 y sq.

[14] Archives Archives Nationales, Paris, F 12/1831-1832 (282-284-290), F 20/ 434. A.D. Cantal: "Liquidation de la Compagnie de Chinchón", 114 F; "Observations des Contrôleurs du vingtième", etc.

— En Madrid, las solicitudes de licencia de (re)apertura de «tahonas» (1815) permiten captar el clima de los retornos (más precoces y numerosos de lo que se podía pensar); los expedientes se conservan en el Archivo Municipal de Madrid ya que los alcaldes son los que conceden las licencias. Paralelamente, las minutas de arrendamiento de los locales comerciales, que se encuentran en el Archivo Histórico de Protocolos, ofrecen un material abundante (los cantaleses, que no suelen ser propietarios, arriendan sistemáticamente el establecimiento ante un notario).

— En los pueblos, en cambio, los retornos son más difíciles de percibir por la dispersión de los comercios y la heterogeneidad de las fuentes. Pero haciendo un examen de las encuestas municipales dirigidas a los comerciantes por los municipios, se observa que las reimplantaciones son más dificultosas en las provincias que en la capital, por eso ciertos lugares periféricos o aislados de Castilla (cfr. Cifuentes) son abandonados definitivamente por los franceses[15].

— Por la Correspondencia consular también se puede comprobar la reinserción. Tras la guerra de Independencia, España exsangüe, poniendo a mal tiempo buena cara, reintroduce a artesanos franceses. La ruptura no es tan fuerte como se ha dicho. De un modo general, las familias francesas que tenían un negocio próspero antes de la guerra no renuncian del todo a España y mandan a un miembro de la familia para explorar el terreno. Al cabo de seis meses, a veces, una nueva comunidad ha nacido.

Estudio comparativo

Para el siglo XIX, las series[16] que documentan mayor cantidad de «auverneses de Castilla» son los registros de pasaportes de la Prefectura de Aurillac (capital del departamento) y los registros de matriculación de la cancillería del Consulado General de Francia en Madrid[17]. La inmensa ventaja de los archivos de dicho

[15] Archivo de Villa, Sección "Corregimiento", 1-200-21, 1-202-7, 1-87-21 y "Secretaría", 2-369-1 (*Anexo 3*).

[16] Una colonia está constituida por "un grupo de hombres que se imitan", por lo tanto, opciones migratorias gregarias se repercuten naturalmente sobre las series administrativas de documentación continuada.

[17] Los fondos de la cancillería de la embajada, que hasta hace unos años se conservaban en Madrid, han sido trasladados a Francia, MAE.

Consulado —de registros seguidos e impecable conservación— es que reúnen documentación relativa a emigrantes de toda Francia y posibilitan el estudio comparativo de particularismos migratorios departamentales (vid. mapa). Éste es «un sector durmiente de documentación» que merecería mayor atención.

Castilla la Nueva no era la única tierra de exploración de los habitantes de Auvernia, clásica tierra de emigración. Vista la imposibilidad de estudiar todos los consulados de Francia en España (control de llegada), al investigador le queda la posibilidad de examinar, en Francia, los registros de pasaportes (control de salida por la Prefectura de Aurillac). Las series L y M de dichos registros presentan vacíos que les restan fiabilidad, siendo la desaparición de algunos libros la laguna más llamativa (verbigracia 1817-1845); por añadidura, los informes son desiguales: ciertas series no indican el lugar de España adonde se dirigen los emigrantes; un simple salvoconducto firmado por un cura, un notario, un alcalde suele suplir el pasaporte; incluso la exigibilidad del pasaporte conoce eclipses y, sobre todo, a partir de 1863, es raramente respetada. Ahora bien, una vez detectadas estas fallas, hay que adaptar los sondeos a los años completos y extrapolar.

Esa exploración suscita nuevas preguntas: ¿hacia dónde se dirigen los numerosos habitantes de lugares como Pleaux tan numerosos en los pasaportes de la «serie L» y de los que no se encuentra rastro en Castilla? Las demandas de indemnización de 1809-1810 (conservadas en parte en el Archivo Nacional de París) proporcionan elementos de respuesta: la tierra de promisión de los habitantes de Pleaux es el Levante donde ejercen de amoladores, zapateros, caldereros, pero también —y sobre todo— donde se dedican al oficio lucrativo de tratantes en caballos y mulas.

Es posible adquirir una idea de la importancia del flujo y de su evolución: la elección se hace cada vez más a favor de Castilla. Mientras que las peticiones de pasaporte para el centro y el este de España parecen equilibrarse hacia 1800, a mediados del siglo XIX está claro que Castilla la Nueva sobresale a pesar de un descenso general de la migración. De cien pasaportes, 64 son para Castilla en 1850-1851 y 71 en 1874-1875. Aún en cupos reducidos se perfilan directrices: el distrito de Mauriac tiene dos polos de atracción —centro y este— mientras que el distrito de Aurillac queda fiel a Castilla.

La matriculación consular, desde el «An IV»18 (o sea 1794-1795) hasta hoy,

---

[18] Según el *Calendario republicano* establecido en Francia en 1793 («an I»), siendo *Vendémiaire* (22 de septiembre-21 de octubre) el primer mes del año.

constituye una excelente fuente de datos, aunque no sea exhaustiva, ya que la inscripción en el Consulado (en principio obligatoria) es un forma de civismo no siempre practicada. Pese a ello, las matrículas permiten delimitar la colonia de manera espacial y temporal, y contestar a las preguntas fundamentales acerca de la identidad, la edad, la procedencia, el destino, la actividad, la duración de las estancias. En cambio, la evaluación cuantitativa sólo presenta un valor muy relativo debido a la dejadez del emigrante en materia de matriculación consular.

Un estudio comparativo de los diversos grupos de franceses trabajando en Castilla permite acceder a una mayor ponderación: para evitar los *a priori*, se han de contabilizar no sólo las matrículas cantalesas sino también las francesas, globalmente, para establecer porcentajes y realizar cuadros comparativos. Al observar la curva de las matrículas consulares se comprueba que los auverneses constituyen una proporción notable en la época contemporánea como en la moderna. El investigador se interroga sobre los altibajos de la matriculación, convencido de que una colonia tan históricamente estable y fiel como la colonia cantalesa no debe de fluctuar numéricamente en grandes proporciones de una década a otra; quiere entender lo que en la coyuntura francesa y/o española justifica los dichos altibajos. Una lectura atenta de la curva consular cantalesa sugiere una correspondencia entre las puntas de ésta y los disturbios sociales españoles. En efecto, la primera guerra carlista, la revolución de 1868 o la «crisis» finisecular tienen más repercusiones que los sobresaltos de la historia de Francia. Una idea se impone: la colonia se matricula al compás de la coyuntura sociopolítica española; sus miembros acuden al Consulado francés cuando temen por sus comercios o sus vidas (recordarían 1793, 1808, 1837). ¿Acaso el número de matrículas, en periodo de crisis, refleje el verdadero volumen de la colonia? Sondeos en otros archivos demuestran que no: de los 302 cantaleses de 1866, censados a partir de 52 padrones nominales de población, 131 jamás pisaron el consulado, ni para matricularse, ni para establecer un acta notarial, ni para pedir un acta de estado civil[19]. «Exhaustivo» es un concepto que le sienta mal al estudio de una migración[20]. El investigador está obligado, por falta de tiempo, a limitar la encuesta comparativa nacional a algunos periodos significativos: «An IV»-1810, 1820-1829; 1845-1846; 1870-1879. Para dichas fechas han sido apuntados el nombre del departamento y de la localidad de origen así como el oficio ejercido en España por los

[19] Ej.: en 1850, no se matriculan 73 cantaleses de los 136 que piden pasaporte (ADC, 47 M6).

[20] Como es evidente que tampoco los otros franceses respetan la norma de la matriculación, las comparaciones quedan valederas y sugerentes.

franceses matriculados. Así aparecen los particularismos regionales: algunos departamentos franceses se singularizan y, en algunos ramos comerciales, la competición aparece como muy apretada entre los auverneses y los vasco-bearneses. Eso no quita que el Cantal, islote solitario en el centro de Francia, resulte original, por su alejamiento de Castilla y por su dedicación profesional. El Cantal de la emigración es comerciante: sus 760 vendedores representan el 47 % de esa rama profesional. Otros dos casos son notables (relacionados bien es verdad con los departamentos del Pirineo mucho menos distantes): para los oficios del cuero, el reclutamiento francés se hace sobre todo en los Bajos Pirineos, hoy «Pyrénées Atlantiques» (41 %); el Alto Garona da el 44 % de los trabajadores del metal (caldereros, amoladores). Si se agudiza la micro-observación, se nota que, dentro de cada departamento, sólo ciertos cantones[21] son viveros de emigrantes especializados. Los amoladores y caldereros del Alto Garona suelen ser oriundos del pueblo de Juzet d'Isaut y los curtidores lo son de Bayona. Ciertos monopolios aparecen e incluso algunas «curiosidades»: muchos capadores de ganado son de Bearn, todos del distrito de Oloron-Sainte-Marie. La mayoría son montañeses.

Hasta se llegan a determinar, mediante las actas consulares, muy circunstanciadas, las calles de Madrid y los pueblos de la provincia en que dominan los cantaleses así como las calles y los lugares en que se destacan «otros franceses». Así pues, para uno de los cuatro periodos considerados, por ejemplo, 1870-1879: las calles de los cantaleses son calles populares ya que las tahonas, por ser consideradas como perjuicio urbanístico, quedan excluidas de las calles céntricas de comercios finos (Lhardy, Aimable, Monnier, etc.). En cuanto a los pueblos de Castilla la Nueva, está claro que no atraen —o muy poco— a franceses de otros departamentos.

Este primer entretejimiento de fuentes permite recomponer los rasgos fundamentales de la colonia. Pero sólo al contrastar la emigración del Cantal con la de los otros departamentos se llega a la conclusión que estos rasgos son específicos. Las series archivísticas del Consulado pueden proporcionar el armazón de múltiples estudios.

Las representaciones

Los observadores madrileños decimonónicos percibían todos estos «exotismos» pero no establecían la distinción entre los diferentes franceses. El escritor costum-

[21] El "cantón" francés es una subdivisión de las subprefecturas y abarca unos cuantos municipios.

brista Mesonero Romanos sólo se fijaba «en los sastres, peluqueros, modistas, guanteros, [y] tahoneros franceses», sin mayor precisión. En cambio, Frédéric Humphry, rector de la parroquia de San Luis en la mitad del siglo XIX, señalaba en su monografía histórica del hospital los regionalismos y concedía un puesto eminente a los cantaleses tahoneros y «cajeros» (así los seguía llamando)[22].

«Cajeros» es el nombre que ya se les daba dos siglos antes y que se les sigue dando mientras que los cantaleses se auto-definen más airosamente como «comerciantes pañeros» («marchands drapiers»). Todavía hace un par de décadas «la casa de los franceses» de Fuenlabrada la seguían recordando los fuenlabreños como «la casa de los cajeros». La semántica no es una fuente que descuidar en el estudio de una colonia; cuando se sabe que «tahona» es una palabra de origen árabe o que «chalán» es un galicismo para designar un tratante en ganado debido a la abundancia de franceses en este ramo, resulta más fácil remontarse al origen de ciertas migraciones y especializaciones históricas.

Contrariamente al «gabacho» del Siglo de Oro (cfr. *Sueños*, de Quevedo, XXXI), el «auvernés» no atrae a los escritores, como si se hubiera diluido en el paisaje urbano. En cambio, los peluqueros en boga, los vendedores de «novedades de París», los dueños de restaurantes elegantes siguen siendo el blanco preferido de los humoristas y costumbristas de la primera mitad del siglo XIX.

El fichero nominativo

Mientras el estudio comparativo de los diversos grupos de inmigrantes necesita series de archivos continuadas y comparables, el análisis profundizado de un solo grupo requiere la suma de un máximum de fuentes. La mejor manera de cruzar informaciones es constituyendo un fichero nominal: verdadera empresa de benedictino, de una dificultad evidente, acrecentada en los casos de homogamia y endogamia, pero empresa «irrenunciable» y, a la larga, rentable...

Alimentan nuestra base de datos:

— las series consulares, es decir cinco mil actas auvernesas: matrículas, actas notariales y actas de estado civil (vaciado exhaustivo).

[22] Mesonero Romanos, R. de: *Escenas matritenses*. Madrid, Aguilar, 1945: 686-687. Humphry, F.: *Histoire de Saint-Louis-des-Français à Madrid*. Durand, Bordeaux, 1854: XXVII-XXIX.

— los libros de enfermería de San Luis de los Franceses (vaciado exhaustivo)
— los censos nominativos madrileños (de un número determinado de tahonas)
— todos los pasaportes de la Prefectura del Cantal
— algunas actas del Archivo de Protocolos
— archivos privados familiares (escritos, iconográficos, orales)
— hallazgos diversos.

Gracias al fichero (3.603 nombres manejados) se pueden establecer clasificaciones, por pueblos de origen, por calles de Madrid, por pueblos de Castilla… Cómputos diversos en el campo socio-profesional revelan afinidades electivas así como evoluciones espacio-temporales.

¿Medir el flujo?

Si los registros consulares y el fichero facilitan estudios comparativos no permiten el cálculo, ni siquiera aproximativo, del volumen del flujo migratorio. Sólo las fichas de los «censos nominativos» de población permiten este tipo de evaluación (y no los «censos generales» que contabilizan a todos los franceses, en general, sin discriminar). A modo de control, he escogido cuatro recuentos demográficos (Leganés, Getafe, Guadalajara y Navalcarnero)[23]: éstos ponen de manifiesto, para un solo año, una inmigración auvernesa de unos cincuenta empadronados, cuando a penas se suben a doscientas las matrículas auvernesas para más de cien años (1796-1922). Los archivos privados confirman el desfase entre la población inmigrada y la matriculada: en sus memorias, el tendero-poeta de Illescas, Arsène Vermenouze, evalúa en 15 el número de los empleados de su compañía en 1870, cuando sólo 34 cantaleses de Illescas se han presentado en el Consulado a lo largo del siglo. En esperas de un desglose sistemático de todos los censos de población nominativos, sólo se pueden aventurar unas cifras haciendo extrapolaciones. Tomemos como muestra un año mediano, el año 1850: ¿cuántos auverneses frecuentaban Castilla la Nueva en aquel año? Barajando un haz de fuentes se puede llegar a estimaciones como las siguientes:

Estimación 1. En 1850, según los cálculos del rector de San Luis, informado por el propio cónsul, los cantaleses dirigen 90 tahonas. Cada tahona alberga una media

[23] Vaciados censales realizados por J. B. Arranz, F. Quirós, R. Duroux y P. Corella y no todos publicados.

de 8 franceses. Total: 720 tahoneros. Las tiendas serían por entonces unas 70, con una media de 7 personas. Total: 490 tenderos. Total general: 1.210. Es una «estimación baja» (existen más comercios).

Estimación 2. El cónsul calcula que hay 15.000 franceses en Madrid y su región. Aun aplicando la tasa más baja de matriculación auvernesa de aquellos años —el 17 % de los franceses— se llega a 2.550.

Estimación 3. Los diccionarios estadísticos del Cantal evalúan la emigración en 3.000 para toda España. Según los registros de pasaportes de mediados de siglo, el 64 % se dirige hacia Castilla, o sea 1.920...

En resumidas cuentas, ninguna de estas fuentes, ninguno de estos cálculos resultan satisfactorios, pero, esperando la respuesta que aportarán los censos nominativos de población, se puede adelantar la idea que, en el segundo tercio del siglo XIX, la colonia cantalesa avecina o rebasa los 2.000 individuos.

Rurales sí, iguales no

Al llegar a España, todos estos inmigrantes son «rurales sin calificación profesional»; son las micro-conexiones geográfico-familiares, la homogamia, la endogamia, las que deciden su actividad profesional (el pan o las telas). Pero el investigador, al pasar por la criba todos los detalles sociológicos, se convence de la necesidad de matizar. El nivel social difiere más de lo que parece; uno de los indicadores que permite el distingo es el grado de alfabetización. Un recuento periódico de las firmas en las actas notariales del Consulado —en los años 20, 30, 40, por ejemplo— revela, por una parte, un 30 % de analfabetos; por otra, que todos los analfabetos son tahoneros. Al parecer, los comerciantes en telas salen de «buenas familias» rurales (de Ytrac, Ayrens, Crandelles, etc). ¿Será ésa la explicación del hecho siguiente? Las gentes del distrito de Mauriac no se infiltran en los comercios de paños, coto reservado de las dinastías de la zona de Aurillac y, a la inversa, la panadería, más asequible, ve su reclutamiento evolucionar del noroeste del departamento del Cantal (Mauriac, Saint-Vincent) hacia el sureste (el poco fértil «Castañar» de Saint-Mamet o La Capelle).

Para la segunda mitad del siglo, los «padrones» madrileños permiten el análisis del analfabetismo: presentan la ventaja de censar a todas las personas que residen en una misma casa. Al examinar las rúbricas «sabe leer, sabe escribir», se observa una

mejora espectacular entre 1850 y 1875: sobre una muestra de 190 tahoneros, entre 1878 y 1915, sólo siete individuos no saben firmar. La disparidad tahonero-comerciante en telas se ha ido borrando y las firmas respectivas terminan siendo de la misma calidad de escritura.

Estos censos nominativos españoles constituyen una fuente insustituible de informaciones demográficas y sociales; además de dar el estado civil, informan sobre la calificación en el establecimiento y la fecha de llegada en la localidad. Si se sigue comparando a tahoneros y pañeros, otras divergencias aparecen: los tenderos se retiran más jóvenes ¿Será porque juntan más fácilmente el dinero para retirarse? Tal pregunta lleva hacia otras fuentes...

Para captar una «migración», movediza por definición, es preciso imaginar constantemente combinaciones de fuentes. La conjugación de las actas del consulado y de las estadísticas municipales profesionales proporcionan nuevos elementos demográficos: el número de casados, de solteros, de matrimonios mixtos. En definitiva, por la vía de una documentación fragmentaria, oscilando del macro al micro-análisis, se accede a una visión a la vez global e individualizada de la colonia.

Pero ¿por qué tahoneros de Madrid?

Se sabe que el «marasmo» de la panadería madrileña ha sido endémico. Las circulares municipales evidencian, a lo largo del siglo XIX, una preocupación constante a este respecto y por tanto constituyen una fuente valiosa. Es posible sacar elementos de información en los expedientes municipales más diversos: panadeo, patentes, contribuciones, incendios... Las encuestas generales de los alcaldes y de los corregidores constituyen el mejor de los materiales que hemos manejado en el fondo ya que permiten medir la importancia y la calidad de la producción madrileña, y el puesto que en ella ocupan los franceses. Esas síntesis municipales no aparecen de manera sistemática a lo largo del siglo; en realidad, reflejan la voluntad de medir las capacidades de producción en periodos de crisis de abastecimiento y no una política concertada de un organismo de previsión[24].

[24] Archivo de Villa, Sección "Secretaría" (Panadería, Industria, Matrícula de Comercio, Contribución industrial y de comercio); Sección "Corregimiento" (Panadeo); Sección "Estadística" (Padrones). El Archivo de Villa ha resultado de mayor interés para la panadería que el Archivo Nacional.

Después del aniquilamiento de la colonia (1808-1814), resurge la panadería francesa, pero sólo disponemos de estadísticas municipales fidedignas a partir de 1837. Se pueden utilizar las encuestas de 1837-1841, 1857-1859, 1866, 1879; a partir de 1879, es de mayor fiabilidad el *Anuario del Comercio* de Bailly-Baillière. Todas las listas son imperfectas: las de Bailly-Ballière son generalmente más completas, pero las municipales son más explícitas, nos dan datos sobre la cantidad de pan fabricado, su calidad, e incluso sobre el monto del arrendamiento del local en que se trabaja. La combinación de las fuentes profesionales permite al investigador elaborar repertorios, estudios comparativos, ilustraciones gráficas: se ve que el porcentaje de los patronos cantaleses duplica entre 1841 y 1857 (pasa del 18 % al 36 %) y que sigue progresando hasta 1880 (60 %) para decaer luego bastante rápidamente. Los estados de la producción patentizan la competitividad de las tahonas cantalesas en cantidad como en calidad de pan: en 1857, proveen Madrid del 59 % de la producción de primera categoría y del 25 % del pan común. Las contribuciones fiscales (verdaderamente manejables a partir de 1845) permiten medir el dinamismo de las tahonas; revelan que la mitad de ellas pertenecen a cantaleses en 1854, los dos tercios en 1880.

Fuentes diferentes conducen a conclusiones similares: los estados de la panadería y las listas de contribuyentes concuerdan en el número de tahonas cantalesas; las tablas de las producciones, de las contribuciones, de los arriendos, prueban, conjuntamente, que los panaderos cantaleses suelen administrar establecimientos importantes. Por todo ello, se puede afirmar con convencimiento que los auverneses ocupan, en pleno siglo XIX, y sobre todo desde 1840 hasta 1880, un lugar destacado en el gremio madrileño. La inmigración cantalesa en Madrid lejos de extinguirse conoce entonces cierto empuje económico ya que no demográfico.

Espacio urbano e implantación cantalesa

Se ha visto que la colonia cantalesa no nace, en el siglo XIX, por generación espontánea. Con la ayuda de los registros de San Luis de los Franceses y de los estados municipales, se puede seguir en los planos de Madrid su evolución en la ciudad desde el siglo XVIII. Al analizar las ubicaciones, se descubren tendencias espaciales gregarias —poco aparentes en simples listas— y una permanencia duradera en ciertas manzanas de casas, en ciertos islotes de calles (lo mismo pasa con los gallegos), en la que entran, probablemente, tanto la pugnacidad como el conservadurismo.

La presencia en la ciudad de estos trabajadores extranjeros no puede escapárseles a buenos observadores de la vida cotidiana. Mesonero Romanos, Pérez Galdós,

Baroja, Barea los ponen en escena en sus bocetos costumbristas o en sus novelas realistas. Suprema gratificación del azar, Pío Baroja fue tahonero en los últimos años del siglo XIX —años de crisis desde luego—; el «auvernés» es pues para él a la vez un rival y un personaje familiar que se inmiscuye en la trama de sus novelas y de sus memorias.

¿A partir de qué documentos estudiar la vida en el interior de la tahona? Varias posibilidades se presentan: desde los arrendamientos ante notario o los testamentos *in situ*, los expedientes de inspección municipal, hasta la literatura... Ninguna es de descartar. En 1900, Pío Baroja realiza una aguafuerte de una de las tahonas de anclaje de la colonia, la de la calle del Horno de la Mata[25]. Todavía hoy se pueden visitar, en el Madrid antiguo, tahonas que pertenecieron a auverneses: calles Espíritu Santo, San Andrés, San Pedro, Toledo (junto a la Fuentecilla), Maldonadas, Echegaray, Santiago, etc.; a pesar de la electrificación, el visitante no tiene dificultad en imaginar, a través de los locales exiguos, el taller de antaño, con su pozo, sus amasaderos, sus hornos, y sus mulas haciendo girar la piedra del molino y la máquina de heñir.

Las listas municipales de panaderos se limitan al repertorio de los patronos. Para identificar a todo el personal, el único procedimiento rentable, a pesar de su lentitud, consiste en estudiar el padrón de cada panadería ya que éste ofrece un descriptivo de todos los residentes y su modus vivendi (el procedimiento excluye, claro, a los obreros que residen fuera)[26]. En 1866, año «agitado», de fuerte matriculación en el Consulado, el personal censado se compone de un promedio de un tercio de cantaleses y de dos tercios de gallegos; ningún auvernés trabaja entonces en una tahona española. ¿Cómo percibir la evolución del personal? Por un lado, está claro, no basta un solo enfoque y, por otro, es difícil llevar a cabo un recuento exhaustivo de todos los padrones de tahonas durante un siglo. En realidad, conviene limitarse a unos *tests*: mediante una selección representativa se comprueba que el personal pasa de una media de ocho o nueve cantaleses por tahona a dos solamente, el dueño y su socio (descontado el tercer socio con «permiso» en Francia). La plantilla francesa —a imagen de la migración toda— se deslastra y aburguesa (vid. foto, pág. 96). Tales sondeos ilustran, además —y una vez más—, la coexistencia de gallegos y de cantaleses así como las afinidades electivas intracantalesas (Mauriac *versus* Aurillac).

---

[25] BAROJA, P.: *La Busca*. Planeta, Barcelona, 1961: 185-188.

[26] Numerosos padrones dan la especialidad profesional de cada obrero de la tahona, desde el aprendiz hasta el maestro, con indicación de jerarquías y salarios de todos los ayudantes.

En cambio, para enfocar la faceta sindical de los patronos es mejor acudir a la prensa, siempre atenta y crítica, por ser el control del pan objeto de políticas y polémicas. Los publicistas presentan a los patronos, sea como víctimas de las fluctuaciones del pauperismo y de los motines callejeros[27], sea, a la inversa, como explotadores del hambre al acecho de beneficios sustanciales reprensibles (es lo que Baroja titula «Las vejaciones de un pequeño industrial»). Desde luego, la razón de la «migración temporal» cantalesa es económica. Los patronos franceses como los españoles saben que la mejor manera de garantizar las ganancias es tomar la defensa de los intereses corporativos propios. Los archivos municipales no dejan lugar a dudas al respecto. Los expedientes de las elecciones sindicales muestran la integración de los franceses en el gremio: dos o tres síndicos de los diez son cantaleses en ciertas temporadas; figuran, con pleno derecho, como tahoneros madrileños, sin discriminación[28]. A partir de 1900, se pueden seguir las aspiraciones de los panaderos gracias a su periódico, *El Panadero español*. El umbral del siglo XX es un momento crucial en el que se plantean los problemas de la industrialización y de la lucha de clases: esos factores exógenos trastornan un equilibrio secular. Los auverneses estaban a gusto en la España preindustrial; a través de la prensa se capta un clima de crisis socioeconómica que incita al regreso que esta vez sí que va a ser total y definitivo[29].

Los comerciantes de telas ¿Quid de las fuentes?

También entre 1815 y 1821, ciertos comerciantes cantaleses, fieles a España, vuelven a sus lonjas provincianas, de Navalcarnero a Priego, de Colmenar Viejo a Quintanar de la Orden... Acumulando fuentes llegamos a contar 110 pueblos o ciudades pequeñas que, sea a lo largo del siglo, sea durante unos años solamente, alber-

---

[27] El pan era vital en la dieta cotidiana y cualquier subida de precio podía desencadenar «emociones» populares.

[28] Vid. 1864-1867, AVC, 3-125-209, 3-125-251, 3-125-178.

[29] Para entender las dificultades encontradas por los panaderos de 1908 a 1920, periodo de la "retirada" cantalesa, léase de. Elorza, A.: "La batalla del pan. Socialismo y agitación popular en Madrid (1908-1920)". *Estudios de Historia Social*, 18-19, jul.-dic. 1981: 241-258. La movilización de 1914-1918 es sólo un factor secundario pues por aquellos años la panadería cantalesa ya está condenada. Descenso del número de tahonas francesas según el *Anuario del Comercio de Bailly-Baillière*: 1898: 63, 1904: 38, 1906: 36, 1916: 22, 1922: 15... A partir de 1898, el curso de la peseta ritma las repatriaciones; el cambio excelente de 1922 provoca retornos en cadena y los propios notarios cantaleses incitan al retorno. Véase: Duroux, R.: "Chroniques paysannes d'un retour codifié". En Duroux, R. y Montandon, A., dirs.: *L'émigration: le retour*. Clermont-Ferrand, PUBP-Cahiers du CRLMC, 1999: 121-136.

garon a tenderos cantaleses oriundos todos del «Aurillacois»; para ellos, el Consulado es el único organismo realmente centralizador y excepto los registros de esta cancillería no existe documentación homogénea pues los comerciantes de pueblo, por estar demasiado diseminados, no tienen en común ni un sindicato activo, ni un órgano de prensa propio, ni un lugar de reunión, ni un hospital especial.

Afortunadamente, los comerciantes de telas parecen más propensos a manejar la pluma que los tahoneros. El escritor Arsène Vermenouze (tendero en Illescas de los 16 años a los 33) así como numerosos particulares dejan «recuerdos de España» inéditos, testimonios manuscritos, a veces simples cartas, pero los testimonios orales son los que proporcionan el material más completo. Una encuesta ha sido realizada en el marco de la cual más de 50 personas, actores o espectadores de la «gesta» cantalesa, han sido interrogados[30]. Las entrevistas exigieron disponibilidad, viajes —un vaivén constante Francia/España—, correspondencia. Pero la contrapartida es el acercamiento «directo» a la colonia. Numerosas fotos antiguas ilustran los testimonios. A ellas se añaden las observaciones directas del propio investigador sobre la ubicación y el aspecto de la tienda, los pueblos de la ronda a caballo en torno al almacén central -esa perpetuación increíble de la ancestral buhonería. Finalmente, utilizando las fuentes disponibles (no todas, claro), se logra recrear la vida de las sociedades auvernesas, pequeños islotes desparramados por Castilla.

Para observar detenidamente el funcionamiento de las compañías familiares auvernesas, es útil cuadricular una zona determinada, una provincia o parte de ella y andar con lupa. La provincia de Guadalajara —no la más frecuentada pero sí la última abandonada— se presta bien a un rastreo sistemático. Todavía quedaban en esa provincia, hace diez o veinte años, varios testigos, descendientes españolizados y hasta dos auténticos cantaleses octogenarios. A pesar de ser tardío, el muestreo permite por su calidad extrapolaciones sobre la organización y los perímetros comerciales de las compañías familiares. Las entrevistas desvelan la adaptación del comerciante francés al cliente y a la misma tierra de España. Además, estudiar de manera sistemática una zona determinada lleva a observar cómo se extingue una compañía y, por consiguiente, una colonia: la asociación de tres auverneses parece el mínimo incompresible para asegurar retornos cíclicos al país; con menos de tres compatriotas asociados nacen los compromisos (comercios o matrimonios mixtos) que naturalizan.

---

[30] Salvación de testimonios a punto de desaparecer, con la ayuda de la grabadora o del bloc de apuntes, este archivo oral es primordial.

Sólo los libros de cuentas —conservados hasta hoy por las familias francesas— traducen el incremento salarial al interior de cada núcleo: los libros de la Compañía de Parla, que abarcan 53 años (1878-1931), muestran los eslabones de la participación progresiva en los beneficios del negocio hasta llegar a ser asociado de pleno derecho (por aumento de un 1/8 de parte cada dos años). Los reglamentos internos que encabezan los libros de cuentas se inspiran en los estatutos del siglo XVIII igualmente archivados en casas particulares. Los balances anuales traducen nítidamente las etapas de una vida y los mecanismos de una «carrera» de comerciante (desde aprendiz hasta socio). La información micro-económica proporcionada por cuentas privadas de tal calidad da pie a generalizaciones en un grupo social de principios migratorios tradicionales, miméticos, estables.

Estos hallazgos, que sólo se pueden hacer a través del estudio de los papeles familiares tras minuciosas encuestas, habría que cruzarlos con los datos que ofrecen los archivos notariales pues los auverneses solían recurrir, en España como en Francia, al notario para dejar bien asentados los contratos, los préstamos —las tierras de Auvernia sirviendo de depósito de garantía entre paisanos. Es obvia la dificultad y lentitud de tal acercamiento científico. No cabe duda de que el *corpus* más abundante, más centrado y más a mano, es el tocante a los tahoneros de Madrid. Pero aunque estos «industriales» de la capital salgan favorecidos en el estudio sería contraproducente descartar los comercios de pueblo ya que la ósmosis familiar, financiera, moral, entre ambos ramos (hasta se podría decir ambos «linajes») es patente e incluso crece a finales del siglo XIX, cuando el clan ya va disminuyendo inexorablemente.

La cohesión o el pacto social

Unida la colonia lo es por la sangre y las costumbres. Consciente o inconscientemente, una ética compartida rige la vida del grupo; una profusión de ejemplos lo demuestra, en las cartas, los recuerdos, los registros: préstamos recíprocos, matrimonios, noria de los viajes, suscripciones abiertas durante las guerras de 1870 y 1914-1918 a favor de las víctimas del Cantal, etc. Una de las pruebas tangibles de dicha cohesión es el contrato que une a esos hombres, voluntariamente. Se pueden descubrir contratos establecidos con motivo de una firma de arriendo en las actas notariales del Consulado o en el Archivo de Protocolos. También existen los contratos sin legalizar (dichos: «sous seing privé») que algunas familias conservan todavía. Pero parece que la mayoría de los contratos fueron verbales; de ellos permanece, en el

mejor de los casos, un eco oral. Estos dos últimos tipos de compromisos son característicos de una «sociedad de confianza», segmento de una sociedad rural más amplia. Todo está previsto en los contratos: los escalones de la participación en los beneficios, la periodicidad de los viajes, la alternancia de los jefes a la cabeza del comercio, la enfermedad de los socios e incluso la irrupción eventual de la mujer («sólo de paso y nunca dos mujeres a la vez», reza un contrato de Fuenlabrada). Permiten pintar un cuadro animado de la comunidad de inmigrantes.

Aunque la larga experiencia de la emigración confiera a los contrayentes el espíritu de previsión, no elimina todos los escollos. En el fondo, los contratos, los arrendamientos, el «turno» frecuente, acreditan una inestabilidad en la continuidad. El organismo se regenera por una voluntad colectiva de supervivencia. La materia esencial del estudio de esta cohesión la aportan una vez más las actas notariales del Consulado. Estas actas revelan dos tipos de transacciones: las que se resuelven en Auvernia por vía de «procuración» —poderes generales o especiales—, y las que se efectúan entre compatriotas en España mismo. Se constata que los «poderes» constituyen las tres cuartas partes de la totalidad de las actas: los procuradores o apoderados tienen la misión de finiquitar las sucesiones, de administrar o comprar/vender bienes, de exigir créditos y pagar deudas, de resolver problemas administrativos o judiciales, etc. En Francia, el procurador es, ya un emigrante a punto de salir, ya un miembro sedentario de la familia. En lo que concierne las actas firmadas en España, se destacan claramente la obligación, el quitus o el recibo liberatorio. De cada dos actas una se refiere a préstamos/empréstitos entre auverneses; siguen, por orden de frecuencia, las actas de notoriedad, las declaraciones, las cesiones de derechos de sucesión, los consentimientos de matrimonio, los arriendos, las liquidaciones de sociedades, las garantías hipotecarias, los desembargos, las convocatorias de consejos de familia, los contratos matrimoniales. Todas estas actas notariales ponen en escena al individuo atrapado en la red migratoria comunitaria.

La reconstitución de algunos destinos ejemplares, de algunas sagas, remata el fresco. La documentación familiar (una apreciable cantera que está al alcance del investigador ya que en las familias troncales de Auvernia se conservan papeles de siglos anteriores, aun en fincas de apariencia modesta), que cubre varias generaciones, constituye el substrato de monografías familiares. Los papeles de los Ratié, fabricantes de pan y de harina (Madrid, Toledo, Villaseca de la Sagra) y los de la familia Lafon (Azuqueca de Henares), comerciantes de pueblo, han dado lugar a dos estudios diacrónicos ilustrativos; todo un clan toma la palabra: cartas de los abuelos y bis-

abuelos, diario del padre, relatos, correspondencia, fotos, árboles genealógicos... En particular, el descubrimiento de un «livre de raison»[31], entramado de acontecimientos familiares y profesionales, es una verdadera suerte para el investigador: en su diario, Joachim Ratié apunta todos sus viajes de 1874 a 1920 entre Castilla y Auvernia; un material tal permite realizar, esquemáticamente, la sinopsis del movimiento pendular de una vida franco-española. Así es como, a través de las crónicas familiares, se captan generaciones animadas por un mismo espíritu.

* * *

El investigador ignora al empezar cuánta paciencia e imaginación son necesarias para llevar a cabo el estudio de un movimiento migratorio. Aun combinando todas las fuentes posibles, algo se le escapa siempre y debe aceptar que el grupo observado conserve su parte de misterio...

En esta investigación pluridisciplinar, que se alimenta en fuentes oficiales y privadas, que van de la estadística a la literatura, la mies es multiforme pero de germinación lenta. Una colonia no es un universo cerrado sino una suma de destinos individuales. Cada fuente aclara, puntualiza, un aspecto diferente de la vida del inmigrante. Las matrículas consulares informan sobre sus ubicaciones espaciales y sus especializaciones; los «dossiers» del Ayuntamiento de Madrid, sobre su trabajo; los archivos hospitalarios, sobre sus miserias; las actas notariales de la cancillería, sobre sus especulaciones financieras. El trabajo de campo permite establecer correlaciones significativas y aporta contrastes (e incluso esas observaciones «contra-intuitivas» que vienen a veces a contradecir las «intuiciones» iniciales), mientras que las fuentes privadas añaden al boceto una «humanidad» insustituible[32]. Las fuentes se someten mutuamente a prueba, se suman, se contrastan.

El microcosmo inmigrante que a la postre se dibuja parece el fruto de una larga adaptación a los recursos de la región de acogida, a su geografía física y humana así como a los estatutos sociales y gremiales —repulsivos unos, atractivos otros— que rigen sus ciudades, villas y pueblos. Una vez elegidos el terreno y el estilo de las ope-

---

[31] Cuadernillo sucinto, redactado por el jefe de familia, entre «diario personal» y «agenda comercial», donde igual se apunta la fecha y lugar del viaje de novios que el arrendamiento de una nueva panadería.

[32] Un ejemplo entre mil: el primer legado del testamento de Arsène Vermenouze (1850-1910) es «para los pobres de Illescas», cuando se había alejado de España, voluntariamente, 27 años antes (estancia 1866-1883).

raciones, estos rurales-comerciantes (*laboureurs-marchands*, dicen a menudo los documentos) ya no se desisten de ellos, por fidelidad del interés o por rutina reticular. Como un verdadero «ser vivo», la colonia posee «cierta facultad de adaptación a las variaciones de las circunstancias exteriores y de auto-reparación de los daños y perjuicios a su integridad y a su funcionamiento»[33]. Toda compañía que se corta del grupo se disgrega, asimilada por el medio ambiente.

Hacer el balance en una encuesta de tal naturaleza no significa cancelarla, ni mucho menos. Quedan pistas y fuentes por explorar: estudios demográficos de lugares de salida y de acogida, claro está, que permitirían adquirir una noción más precisa de la «sedentarización» en el extranjero (fenómeno infravalorado), del matrimonio mixto que enraíza y naturaliza, y de la consabida sobremortalidad del emigrante —si es que la hay en este caso. Un verdadero balance económico, por lo menos para ciertas localidades y ciertos periodos representativos, queda por establecer, aunque los testimonios individuales, los libros de cuentas, y la misma supervivencia del sistema tiendan a indicar que el balance es «globalmente favorable». Las respuestas se encuentran en las minutas notariales de Madrid y de Aurillac, en los registros de contribuciones acá y allá, en los catastros, etc. También queda por ahondar el entramado madrileño de la inmigración: la relación histórica entre gallegos y auverneses; los vínculos entre auverneses y «gascones», esa otra pieza del *puzzle*[34]; la colonia vasco-bearnesa de Castilla espera aún a sus investigadores; entendámonos: la colonia entera, no sólo las personalidades destacadas como los Cabarrus, Laffitte o Redonnet que eclipsan a inmigrantes invisibles.

España siempre ha sido un país de inmigración, aun en periodos en que tal inmigración parecía insignificante demográficamente comparada con la emigración. Sólo esta última ha alimentado realmente la historiografía[35]. La atención a la inmigración queda muy inferior a la prestada a la emigración, sin embargo hay que señalar el «boom» de los estudios sociológicos de estos cinco últimos años. Tal vez el impacto «muy al orden del día» de la inmigración actual en la sociedad y en la economía espa-

---

[33] BOUTHOUL, G.: *Biologie Sociale*. Paris, PUF, 1964:. 12.

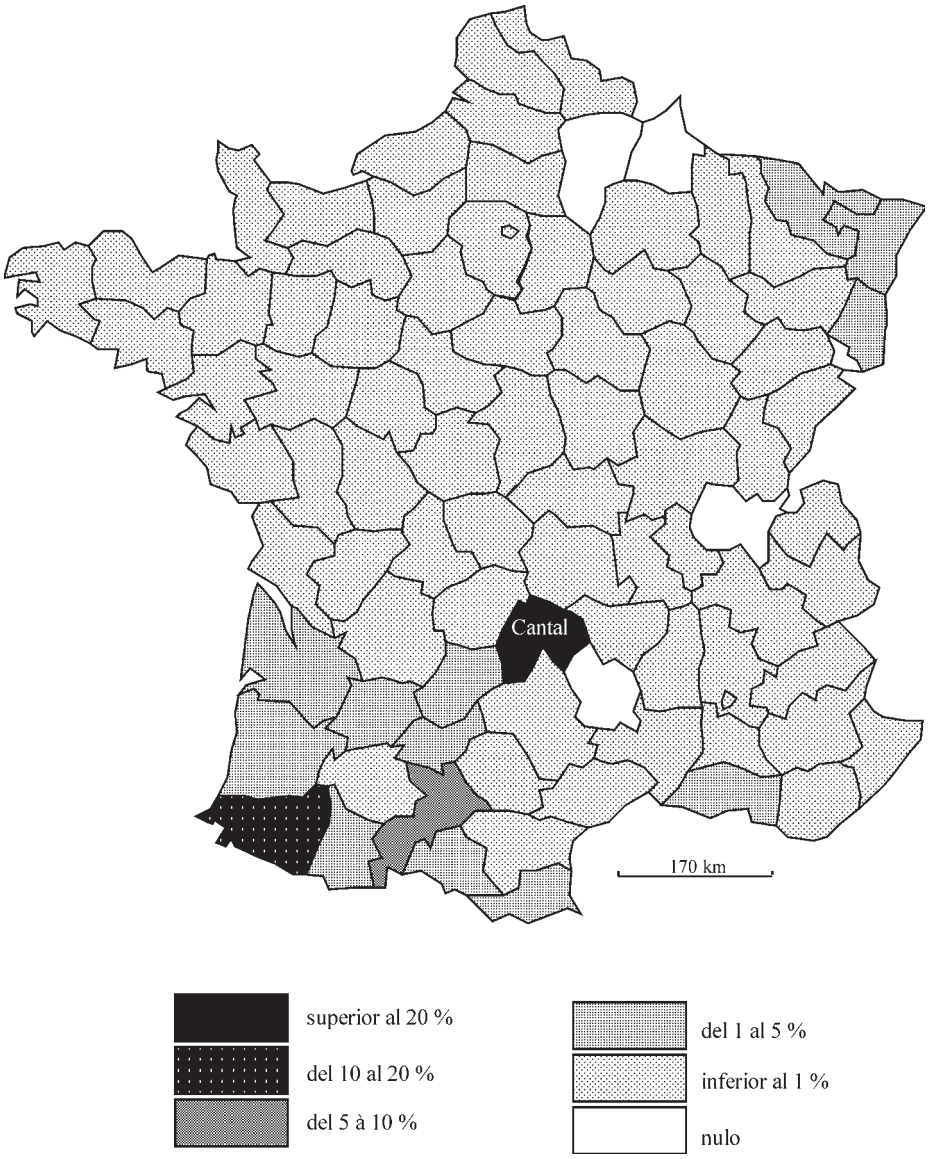
[34] NADAL, J.: *La población española (siglos XVI a XX)*. Barcelona, Ariel, (4a ed.), 1976: 209: «dos fenómenos de compensación humana, de ósmosis demográfica entre los dos países que separan los Pirineos tienen, como sabemos, precedentes muy remotos. Sin ir más lejos, desde mediados del siglo XV a principios del XVII, una corriente intensísima de *gascones* había venido a colmar los huecos dejados en Cataluña por las grandes pestes de la segunda mitad del XIV; después, a contar desde el reinado de Felipe III, la corriente subsistió, aunque desviada hacia Aragón y Valencia». Se mantiene, más tenue, en la época contemporánea. (Madrid y Levante).

ñolas traslade el estudio de todas las inmigraciones, las de ayer como las de hoy, a un primer plano.

[35] Véanse estados de la cuestión por la Asociación de Historiadores Demógrafos Españoles, o por el Grupo de Compostela, con Antonio Eiras Roel, de la Cátedra Unesco de Migraciones. EIRAS ROEL, A. y REY CASTELAO, O., eds.: *Les migrations internes et à moyenne distance en Europe, 1500-1900*, vol I. *Migraciones internas y medium-distance en la Península Ibérica, 1500-1900*, vol. II. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, CIDH, 1994.

Anexo 1

Importancia de cada departamento en la inmigración
Periodo: 1870-1879



Anexo 2

Testamento de Jacques Sauret, caxero
Hospital San Luis de los Franceses, 7 de abril de 1664
(Archivo Histórico de Protocolos, Madrid, Prot. 8371, fol. 247-248).

In Dei nomine Amen : Sépase como yo Jaques Sauret, cajero, hijo legítimo de Juan Sauret y de Margarita Soberan mis padres ya difuntos naturales que fueron y yo lo soy del lugar de Valens parroquia de Mosachas [Moussages], obispado de Claramonte, provincia de Obernia, Reino de Francia, residente en esta Corte y Villa de Madrid en el Hospital Real, de señor San Luis Rey de Francia donde estoy enfermo de enfermedad corporal que Dios nuestro Señor ha sido servido de me dar y por su infinita misericordia en mi juicio y entendimiento natural creyendo como creo en el misterio de la santísima Trinidad padre hijo y espíritu santo tres personas distintas y un solo Dios verdadero debajo de cuya fe y creencia he vivido y protesto de vivir y morir como fiel y católico cristiano y temiéndome de la muerte para su buen acierto pongo por mi intercesora y abogada a la serenísima Reina de los ángeles madre de Dios y señora nuestra concebida sin mancha de pecado original y al bendito ángel de mi guarda y demás Santos de la Corte del cielo para que alcancen de mi señor Jesucristo perdón de mis pecados a cuya honra y gloria ordeno mi testamento en la manera siguiente:

Primeramente, ofrezco y encomiendo mi alma a Dios nuestro Señor que la crió y redimió por el precio infinito de su sagrada muerte y pasión y el cuerpo a la tierra de que fue formado, el cual cuando su divina majestad fuere servido de me llevar sea enterrado en la capilla de Nuestra Señora del Buen Fin, parte y lugar que pareciere a mis testamentarios.

— Que el día que falleciere siendo hora o sino al siguiente se diga por mi alma en la dicha Iglesia una misa cantada de cuerpo presente con su vigilia, responso y clamores.

— Que se digan setenta misas rezadas por mi alma e intención las veinte de ellas en dicha capilla de Nuestra Señora del Buen Fin, diez en el altar de Nuestra Señora de Vassivière, diez en el altar de Nuestra Señora de Claviers y las treinta restantes en la dicha parroquia de Moussages que unos y otros sitios, son en dicho Reino de Francia y se pague la limosna acostumbrada. A las mandas forzosas se les de un real a todas por una vez con que las desisto y aparto del derecho de mis bienes.

— Debo a Giraldo Bernera residente en esta Corte ochocientos y cuarenta reales de vellón que me prestó en confianza sin papel ni escritura, mando se paguen.

— A Guillermo Jullian residente en esta Corte debo seis doblones de a dos escudos de oro cada uno, sin papel ni escritura, mando se paguen.

— A mi primo Francisco Deidier que se halla en esta Corte debo seiscientos y sesenta y ocho reales de vellón que me prestó sin papel ni escritura, mando se paguen.

— A Giraldo Laquella que vive a la calle del Lobo de esta villa le debo cuatrocientos y veinte y cuatro reales de vellón que me prestó sin papel ni escritura, mando se le paguen.

— A Guillermo Beschanbes que reside en esta Corte le debo tres doblones de a dos escudos de oro que me prestó sin papel ni escritura, mando se le paguen.

— A Jaques Piselín residente en esta Corte le debo por una parte dos doblones de a dos escudos de oro cada uno y por otra trescientos reales de vellón, que me prestó sin papel ni escritura, mando se le paguen.

— A Guillermo Sauret que reside en esta Corte debo veinte doblones de a dos escudos de oro cada uno por escritura ante el presente escribano, mando se le paguen y se cobre dicha escritura y carta de pago de dicha cantidad.

— A Roman Grifon mercader de lonja y vecino desta villa le soy deudor de diez mil reales de vellón por escritura, y a esta cuenta le he pagado cinco mil reales de dicha moneda más o menos lo que pareciere por el asiento de su libro a que remito ajústese y désele satisfacción de la restante cantidad.

— A Francisco Dumas natural del lugar de Trizac, le debo treinta y cuatro doblones de a dos escudos de oro cada uno de cuya cantidad le tengo hecha escritura a su favor, mando se paguen y se cobre dicha escritura y carta de pago de dicha cantidad.

— A Francisco Puyrot mercader de lonja residente en esta Corte le debo trescientos y cincuenta reales de ajuste de todas cuentas que entre los dos hemos tenido hasta hoy día de la fecha, mando se le paguen.

— También debo a Pedro Botal residente en esta Corte cinco doblones de a dos escudos de oro cada uno que me prestó en confianza, mando se le paguen.

— Declaro no tengo más bienes al presente, en esta Corte que una caja con sus mercaderías que está en mi poder la cual luego que yo fallezca es mi voluntad se venda y de lo que procediere de ella se pague el funeral, misa y entierro y asimismo se dé satisfacción a mis acreedores de lo que les estuviere debiendo y porque reconozco no alcanzará su valor a mis deudas, en el caso es mi voluntad que lo que faltare se les pague de los bienes y hacienda que tengo en el dicho reino de Francia, lo cual encargo a mis testamentarios hagan con toda brevedad.

— Declaro estoy casado con Alís Dubois mi mujer que está en el dicho lugar de Valens, la cual para ayuda a sustentar las cargas del matrimonio trujo a mi poder lo que parecerá por la carta de pago que a su favor otorgué, y lo que así fuere mando se le pague, con más veinte doblones de a dos escudos de oro cada uno que mando se le den, por una vez, de mis propios bienes, en consideración a lo mucho que la estimo y quiero y la encargo me encomiende a Dios.

— Antonio Guydebia me debe veinte y siete doblones y medio de a dos escudos de oro cada uno y a esta cuenta me tiene satisfecho seis reales de a ocho por una parte y por otra quince doblones, mando se cobre la restante cantidad.

— La nuera del señor Don Diego Sarmiento me debe ciento y cincuenta reales y dos varas de colonia negra, mando se cobre.

— En la misma casa me debe una criada nueve reales de vellón, cóbrense.

— Más abajo del embajador de Polonia vive una señora que me debe un real de a ocho de plata, cóbrese.

— Juan Astorgue residente de esta Corte me debe treinta y dos reales de vellón más o menos lo que pareciere, mando se cobren.

— Un jalmero que vive en la calle de Alcalá me debe treinta y tres reales y medio de vellón, cóbrense.

— En la misma casa del jalmero se me deben cien reales de vellón procedidos de un corte de manto, mando se cobren.

— Un caballero que vive junto a Antón Martín que conoce Pedro Budias me debe un real de a ocho de plata, cóbrese.

— Una mujer de un criado del Rey que está al postigo de San Martín, me debe cinco reales de a ocho de plata, mando se cobren.

— Una señora que vive a la calle Santa Engracia, que conoce Borbón me debe doce reales de a ocho de plata, mando se cobren.

— Guillermo Broquin, sastre, residente en esta Corte me debe tres reales de a ocho de plata, cóbrense.

— Juan que es pariente del Besón que dirá de él el dicho Pedro Budias, me debe un real de a ocho de plata, cóbrese.

— A Antonia Sauret, mi sobrina, hija de Francisco Sauret mi hermano que está casado en el lugar de Chamblat de la parroquia de Trizac, en memoria del parentesco y haberla sacado de pila, se le den treinta doblones de a dos escudos de oro cada uno y la encargo me encomiende a Dios.

— A Antonio Bodias debo cincuenta reales de a ocho de plata por escritura otorgada en la parroquia de Moussages ante Deidier escribano de ella, mando se le paguen.

— A Antonia hija de Juana Fornier, mi ahijada, se le den cinco doblones de a dos escudos de oro cada uno y que me encomiende a Dios.

— Y para cumplir y pagar este mi testamento, dejo y nombro por mis albaceas y testamentarios a Pedro Butal, mi primo, y a Antonio Bodias residentes en esta Corte, a dos juntos y cualquier insolidum, doy poder para que luego que yo fallezca, entren en mis bienes, cobren mis deudas y de lo mejor y más bien parado, cumplan y paguen este mi testamento vendiéndolos y rematándolos en pública almoneda o fuera de ella, y les dure el tiempo que fuere menester, aunque sea pasado el año del albaceazgo y mucho más.

Y del remanente que quedare de todos mis bienes muebles y raíces, derechos y acciones dejo y nombro por mi universal heredero de todos ellos al dicho Francisco Sauret, mi hermano para que lo que así fuere lo haya, goce y herede con la bendición de Dios y la mía esto por lo mucho que le quiero y en atención a no tener como no tengo hijos ni herederos forzosos, ascendientes ni descendientes.

Y por la presente revoco y anulo y doy por ninguno y de ningún valor ni efecto otros cualesquier testamentos, codicilos, poderes para testar y otras disposiciones que antes de ahora haya hecho y otorgado por escrito o de palabra o en otra manera para que no valgan ni hagan fe en juicio ni fuera de él, salvo éste que al presente hago que quiero que valga por mi testamento última y postrimera voluntad o en aquella vía y forma que mejor de derecho lugar haya, en cuyo testimonio, así lo otorgo ante el presente escribano público en la villa de Madrid a 7 de Abril, año de mil y seiscientos y sesenta y cuatro y doy fe conozco al otorgante que no firmó porque dijo no saber, a su ruego lo firmó un testigo siendo presentes Gaspar Detoledo, Don Juan de Acosta, Juan de Angulo, Juan Costan y Luis del Abedan, residentes en esta Corte.

Escribano: *Felipe Montalbán*

Anexo 3

Representaciones. Un cuestionario municipal, 1821

(AVS 2-369-1, Cuartel de San Jerónimo, Año 1821, Extractos)

Para cumplimentar el artículo 5° del capítulo 3° de la instrucción de 1° de Enero de 1821 en que se previene que al fin de cada trimestre se dé una idea del estado de las principales manufacturas y artes que se ejercen en cada pueblo y de sus adelantamientos, se necesita que por los alcaldes de barrio de esta corte se conteste a las preguntas siguientes.

I. Sobre el recibimiento de los franceses en Cifuentes en 1820

1a) * *Local en que está situada la fábrica*

— «Dos fábricas de papel en la provincia de Guadalajara, en Gárgoles de Arriba, de Abajo, sobre el río Cifuentes. El almacén está en Madrid, Plazuela del Ángel, n° 22, 23».

2a) *¿Quién es el dueño?

«D. Santiago Grimaud».

3a) * *Manufacturas que se fabrican, sus clases*

— «Por lo general se fabrican sobre cuatro mil resmas en cada una de las referidas fábricas de marca regular y de marquillas, y su clase y aplicación es para Impresiones».

4a) * Número de operarios que mantiene

— «En cada una de las fábricas: un maestro de sala, diez operarios, dos aprendices y cuatro mujeres, y un solo administrador para ambas».

5a) * *Sus adelantamientos o decadencia y sus causas*

— «Estas fábricas han decaído notablemente. Una de las causas de la escasez de buenos operarios: cuando la declaración de guerra con Francia se mandaron emigrar los extranjeros que había en ellas, y aunque después de la Paz el Propietario hizo venir algunos, fue tal la oposición y animosidad que mostraron contra ellos los naturales que en la misma noche de su arribo y no sin riesgo fue preciso hacerlos salir escoltados hasta el camino real de Zaragoza: Después en el año pasado del 1820 hizo venir de Francia un Moldista, de que carecían las Castillas, Andalucía, Aragón, y también fue insultado en Cifuentes y tuvo que retirarse en Madrid donde existe». *(Siguen otras preguntas).*

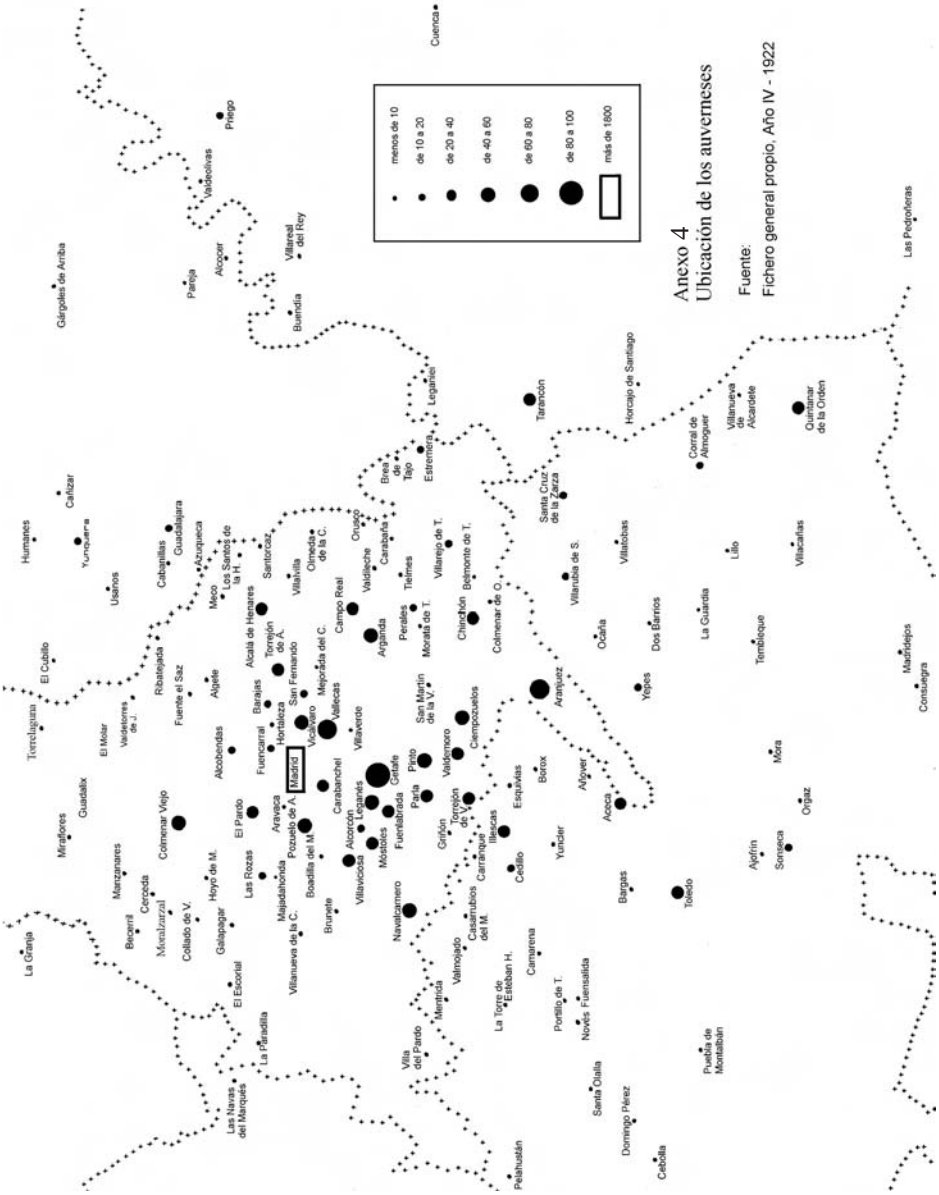
II. Los franceses vistos por un tahonero gallego

6a) * *Si el fabricante tuviese que hacer algunas observaciones se anotarán bajo este número*

«Antiguamente se venían Franceses a dedicarse a este ramo, se avecindaban de asiento, se casaban con Españolas y dexaban aquí a sus familiales los bienes que adquirían. Pero de unos años a esta parte no sucede así, vienen compañías de Franceses casi sin capitales, se aco-

modan en las mejores casas que hay pagando los alquileres muy subidos, no sólo en Madrid sino en todos los pueblos de esta Provincia y no sólo en el ramo del pan sino en todos los artículos de comercio formando sociedades que en los pueblos llaman *caxeros*, viven en la mayor miseria y no gastan de la Península más que su preciso y grosero aliento; pues aun las ropas de su uso las traen de Francia, y algunos no se paran en emplear medios ilícitos para aumentar sus fortunas quando encuentran proporción para ello: a los dos años se marchan la mitad de los socios a Francia con sus ganancias y vienen otros tantos a reemplazarlos y así sucesivamente cada dos años. Por manera que causan dos males, el 1° arruinar a los comerciantes y fabricantes nacionales que no pueden competir con ellos, y el 2° hacer considerable y continua estracción de dinero de la Península.

Madrid, 22 de Junio de 1821, Manuel Piernas».



Anexo 4
Ubicación de los auverneses

Fuente:
Fichero general propio. Año IV - 1922